

## El desarrollo de habilidades fundamentales y necesarias en la educación de hoy

Diego Antonio Pineda R.

Me han propuesto la siguiente pregunta como base para iniciar un diálogo: *¿cómo desarrollar las habilidades fundamentales y necesarias para enfrentarse al mundo actual y obtener un aprendizaje significativo desde las aulas?* Me parece una pregunta interesante y bien formulada: por lo tanto, me dedicaré a reflexionar sobre ella.

Creo que la mejor forma de enfrentar una pregunta no es respondiéndola de forma inmediata, pues esto a menudo solo lleva a reafirmar opiniones ya formadas -que no suelen ser muy críticas-, sino reflexionando sobre ella. Y reflexionar quiere decir “volverse sobre algo para pensarlo de nuevo”. Eso voy a hacer a continuación: volveré sobre la pregunta para examinar en ella sus supuestos y consecuencias.

En esta pregunta hay un supuesto esencial: que hay unas habilidades fundamentales y necesarias, y que tales habilidades se pueden desarrollar. Decir que hay tales habilidades implica suponer, además, que hay otras que no lo son tanto. Y esto es cierto en nuestra educación se nos enseñan muchas cosas (conocimientos, habilidades e incluso actitudes) que muchas veces son inútiles, sin sentido y que carecen de un contexto para su adecuada comprensión.

Además, hay habilidades que, si bien son importantes, no son por ello ni necesarias ni fundamentales. Nadie duda, por ejemplo, que bailar tango es una habilidad importante; pero no es necesaria ni fundamental; tampoco lo es hacer cálculos matemáticos muy complicados o dominar muy bien un balón de fútbol. Todas esas cosas son importantes para el que quiera ser bailarín de tango, ingeniero o futbolista, pero no para todos los demás. ¿Qué habilidades son, entonces, necesarias y fundamentales?

Me refiere referiré aquí exclusivamente a las habilidades de pensamiento. Para que una habilidad tal sea necesaria y fundamental debe, en mi concepto, cumplir al menos con estas cinco condiciones:

1. No debe ser una habilidad muy específica, sino general y transferible a muchos campos distintos del conocimiento y de la acción. Bailar tango es muy importante como habilidad de coordinación cuerpo-mente, pero no es una habilidad general transferible a otros campos. Si bailo muy bien tango, eso no influirá sobre mi capacidad matemática.
2. Debe ser duradera: es decir, debería acompañarnos por el resto de la vida. No puede ser algo que se aprende para un lugar y un momento específicos, sino una destreza que se convierte en parte esencial de nuestro carácter y nuestra inteligencia.
3. Debe potenciar otros aprendizajes, ayudando a que se aprenda mejor en otros campos distintos. Así, por ejemplo, si aprendo a leer mejor leyendo sobre un tema específico que me interesa mucho, ello redundará en mi capacidad para comprender otros temas.
4. Debe facilitar la expresión de puntos de vista propios, en el sentido de que debe ayudarnos a pensar mejor y de modo más original sobre los diversos temas que abordemos. Si, por ejemplo, razonamos mejor, ello nos ayudará a elaborar opiniones más sólidas y certeras.
5. Debe ser algo a disposición de todos, pues no requiere de un talento especial; una habilidad necesaria y fundamental no es la habilidad de unos pocos que tienen una disposición natural para

ello, sino algo que podría ser desarrollado por cualquier persona con un nivel básico de disciplina y esfuerzo.

Ahora bien, ¿qué habilidades de pensamiento cumplen con estas condiciones como para ser consideradas como necesarias y fundamentales? Creo que estas condiciones no las cumplen todas las habilidades de pensamiento, sino solo unas pocas y muy básicas, que reduciría a dos grupos.

Están, por una parte, las habilidades mentales más básicas, que coinciden con las del hablante natural de una lengua: *escuchar, hablar, leer y escribir*. Se trata de habilidades tan básicas que son exigibles a cualquier ciudadano que tenga al menos una formación de educación primaria, pues ellas son la base de muchos de las oportunidades que tenemos en la vida social. Por otra parte, están aquellas habilidades de pensamiento que debe potenciar la educación formal y que son exigibles a toda persona que haya tenido una formación al menos secundaria, y ojalá una educación superior: me refiero a ciertas habilidades de pensamiento que están ligadas a actividades tan fundamentales como el razonamiento, la indagación, la interpretación y la formación de conceptos. Veremos a continuación esos dos grupos básicos de habilidades fundamentales y necesarias.

Hay, desde luego, otras habilidades más específicas que tendría que desarrollar cada persona de acuerdo con su profesión o trabajo. Se trata de habilidades especializadas, que deberían potenciar los estudios universitarios de pregrado y posgrado. Se trata de habilidades, por ejemplo, para hacer cálculos, como los que hace un ingeniero o un especialista en finanzas; para redactar ciertos escritos (artículos de opinión, textos científicos, etc.) como los que requiere un periodista o un político. Ellas desarrollan habilidades que ya teníamos, pero especializan esas habilidades. No es lo mismo, por ejemplo, saber escribir, y hacerlo bien, que escribir una buena historia clínica. Son habilidades al servicio de fines mucho más refinados y elevados, como la salud de las personas, el desarrollo tecnológico o la formación de la opinión pública en una democracia. Sin embargo, no me ocuparé aquí de este tipo de habilidades, por no ser necesarias y fundamentales, como las dos primeras.

Todos reconocemos que hay unas habilidades muy básicas que debe dominar el hablante de una lengua. Son las cuatro mencionadas: escuchar, hablar, leer y escribir. Estas habilidades tienen un cierto orden de menor a mayor complejidad. *Escuchar* es lo primero y más básico, pues por allí empieza todo aprendizaje: cuando queremos familiarizarnos con cualquier cosa lo primero que debemos hacer es escuchar e intentar entender qué es lo que está pasando; se trata de una habilidad que exige algo muy elemental: atención. *Hablar* supone algo más: decir algo propio y que tiene una relación con experiencias propias; por ejemplo, cuando contamos una historia, lo hacemos a nuestro modo y manera; y ello requiere que previamente lo hayamos organizado en nuestra mente; al hablar no basta con poner atención, se requiere un cierto grado de organización mental. *Leer* implica algo más complejo aún: reconocer un código de signos elaborado por otros, lo que implica también aprender a descifrarlo, para descubrir significados que están allí y que podemos interpretar desde nuestro peculiar punto de vista. *Escribir* es lo más complejo de todo, pues implica reunir todo lo anterior: atender a lo escuchado, repensar lo leído y construir nuevos significados; y, sobre todo, procesar todo esto a través de un medio de representación del mundo, la escritura, que es mucho más complejo que el habla natural.

Estas cuatro habilidades básicas son la clave de todo aprendizaje, pues todo lo que aprendemos en cualquier campo recurre a estas cuatro fuentes claves: lo que escuchamos de otros, lo que leemos, lo que pensamos para decir a otros oralmente y aquello que somos capaces de expresar por escrito. Son habilidades que empezamos a desarrollar desde muy niños, pero que tenemos que seguir perfeccionando a lo largo de toda la vida.

Se suele creer -y esto es un error fundamental- que estas habilidades son esenciales solo en la escuela primaria, que allí llegan a perfeccionarse y que dejan de ser importantes posteriormente, pues “ya sabemos” escuchar, leer, hablar y escribir y no necesitamos ni que nadie nos lo siga enseñando ni aprender nada nuevo al respecto. Se trata, sin embargo, de habilidades que tenemos que perfeccionar permanentemente. Ahora bien, para perfeccionarlas, tenemos que recurrir a habilidades de pensamiento más fundamentales que potencien dichas habilidades básicas.

Veámoslo en un ejemplo concreto. No desarrollamos la capacidad de leer mejor porque leamos muchos libros, sino porque somos capaces de extraer cada vez más y mejores significados de lo que leemos, y porque podemos enriquecerlo con la construcción de nuevos significados; leemos mejor porque somos capaces de extraer más inferencias a partir del texto leído al mejorar nuestra capacidad de razonamiento. Leemos mejor porque aprendemos a plantearnos nuevos problemas a partir de lo leído y buscamos resolverlos, es decir, porque mejoramos nuestra capacidad de indagación. Leemos mejor porque descubrimos y construimos nuevos significados a partir de los textos escritos, esto es, porque mejora nuestra capacidad de construir sentido o de interpretar. Leemos mejor porque aprendemos y organizamos lo aprendido en estructuras conceptuales, o sea, porque mejora nuestra capacidad para formar conceptos.

Es claro, entonces, que, en la medida en que perfeccionamos las habilidades básicas, nos vemos obligados a desarrollar habilidades de pensamiento más elaboradas, que son la base de nuestro proceso educativo. Pero ¿de qué habilidades se trata? Hay por lo menos cuatro conjuntos de habilidades necesarias y fundamentales que deberían ayudarnos a desarrollar la educación formal.

En primer lugar, están las *habilidades de razonamiento*. Podemos aprender incorporando nueva información o haciendo inferencias a partir de lo que ya sabemos. Razonar es aprender a partir de lo que ya sabemos. La persona que razona bien puede, con poca información, llegar a muchas conclusiones diferentes, simplemente porque sabe extraer de lo ya conocido todo lo que está implicado en ello; es decir, es capaz de hacer muchas inferencias de forma correcta. No se suele insistir lo suficiente en la importancia que tiene el buen razonamiento en la educación; sin embargo, la capacidad de razonar mejor es lo que nos hace mejores aprendices. Dentro de las habilidades de razonamiento más importantes están el dar y pedir y evaluar razones, así como saber hacer inferencias a partir de una o dos premisas, o identificar contradicciones y falacias. Las habilidades de razonamiento potencian las habilidades básicas, puesto que el buen razonamiento está a la base de una mejor lectura, escritura y conversación.

Están, por otra parte, las *habilidades de indagación*. La indagación consiste en la exploración de un problema hasta llegar a elaborar una posible solución. Apreciamos al que es curioso, al que pregunta, al que duda y al que hace el esfuerzo por comprobar cómo son las cosas; y, sobre todo, al que no se satisface con las explicaciones fáciles que le dan los otros, pues quiere llegar a una solución o respuesta que responda a todos los problemas que él mismo ha descubierto a lo largo de un proceso de búsqueda con el que está personalmente comprometido. Se trata, entonces, de cultivar habilidades tan necesarias y fundamentales como hacer buenas preguntas, formular hipótesis, aprender a enfocar un mismo problema desde distintos puntos de vista o hacer demostraciones, experimentos y mediciones. Todas ellas son habilidades de indagación que debería desarrollar la educación formal si quiere hacer de nosotros mejores aprendices. Sin el desarrollo de ellas no sería posible ciencia alguna. Cultivar estas habilidades es condición para que la educación forme tanto buenos investigadores como ciudadanos con capacidad crítica.

Están, además, las *habilidades de interpretación*. Educarse no es solo adquirir información; es, sobre todo, buscar y encontrar sentido. Ello nos exige hacer continuas traducciones e interpretaciones de aquello que se nos enseña. Traducir es pasar de un sistema de signos a otro sistema de signos, como

cuando traducimos un problema formulado verbalmente a una ecuación matemática, o formulamos en la forma de un razonamiento lógico algo que decimos en la vida ordinaria. Interpretar es ofrecer una forma de comprensión propia de algo, como cuando elaboramos una apreciación sobre el valor de una norma o el significado de un acontecimiento personal o político. Requerimos, pues, habilidades de traducción e interpretación porque nuestros aprendizajes están mediados por todo tipo de símbolos. Este conjunto de habilidades tiene que ver con cosas como interpretar imágenes, representar un pensamiento mediante estructuras matemáticas, expresar ideas a través de movimientos corporales, relacionar situaciones actuales con hechos históricos o interpretar situaciones actuales a partir de relatos simbólicos.

Y están también, por supuesto, las *habilidades de formación de conceptos*. Aprender va siempre más allá de explorar o descubrir; implica estructurar aquello que se ha descubierto, es decir, reducir todas las experiencias que hemos tenido a algo que las unifique. A eso que unifica las diversas experiencias lo llamamos concepto. La formación de un concepto es algo muy complejo y lleva mucho tiempo. Bastaría con mirar a la historia de la ciencia para ver los muchos siglos que pasaron antes de que se formaran conceptos tan básicos como los de energía, molécula o evolución. No se forman conceptos simplemente por aprender definiciones; es preciso hacer todo el trabajo de exploración, interpretación y estructuración de las diversas experiencias que se requiere para formar un concepto. Estas habilidades de formación de conceptos requieren de todas las anteriores, pues el concepto es el resultado final del aprendizaje. Dentro de estas habilidades de formación de conceptos hay unas muy básicas; por ejemplo: hacer buenas suposiciones, elaborar buenas analogías para explorar mejor un problema o dar definiciones que precisen el significado de los conceptos que construimos.

Quisiera concluir con dos observaciones. En primer lugar, el mundo actual nos exige cada vez más que centremos nuestra tarea educativa en el desarrollo de estas habilidades fundamentales y necesarias. A las escuelas primaria y secundaria corresponde especialmente el desarrollo de ellas, mientras que las más especializadas le corresponden a la universidad, e incluso al mundo del trabajo, pues hoy se aprenden allí muchas de las habilidades específicas que se requieren para el desempeño laboral. Si la educación básica y secundaria trabajara seriamente en potenciar capacidades tan esenciales como la buena lectura y la escritura correcta y creativa, o como las habilidades de razonamiento lógico, interpretación y búsqueda del sentido, estaría cumpliendo su tarea formadora del pensamiento mucho mejor que atiborrando de información las mentes de los niños y jóvenes.

Por otra parte, entiendo por aprendizaje significativo aquel que enfatiza no en el procesamiento de información, sino la búsqueda y construcción de significados. Todas las habilidades de las que he hablado hasta aquí ponen el énfasis precisamente en esto. La lectura, por ejemplo, no es para adquirir más información, sino para descubrir y construir nuevos significados; la escritura no es una habilidad mecánica, sino una habilidad mental centrada en la creación de significado; las habilidades de razonamiento e indagación, y sobre todo, las de interpretación y formación de conceptos, ponen todo el énfasis en el significado como el punto de mira esencial de toda la educación. No nos educamos para estar mejor informados, sino para encontrar sentido en nuestra experiencia presente y futura.

Ahora bien, lo significativo es aquello que tiene un carácter duradero y un valor personal para nosotros, pues no consideramos significativo lo que es meramente eventual o pasajero. El aprendizaje de habilidades no se debe centrar, entonces, en lo eventual y pasajero, sino en aquello que tiene sentido aprender, porque está lleno de valor para nosotros. Propender por el aprendizaje de habilidades fundamentales y necesarias es poner el énfasis en lo que es valioso aprender; y aprender estas habilidades es la forma más valiosa de aprender, pues se trata de aprender lo que, estando a disposición de todos, tiene un carácter duradero, potencia otros aprendizajes y nos ayuda a desarrollar una identidad propia.